

Un caso clínico

Federico Vite

ASOCIO A UNO DE MIS FRACASOS SENTIMENTALES EL ATAQUE a Salvador Cabañas en el Bar Bar. Era enero de 2010 y puedo asegurar que el herido no era el paraguayo. Pensaba que si el futbolista salía vivo, tal vez yo podría soñar con una confortante reconciliación, pero fue una batalla feroz contra el idealismo absurdo de quien se niega a ver los hechos como son, aunque dicho por Garibaldi suena mejor: “la ventanita del amor se me cerró”.

Cabañas se volvió un oráculo: mientras no muriera, todo lo bueno podía existir en mi vida. Su férrea lucha por la vida incrementaba la razón extravagante de que yo recibiría una llamada telefónica por la madrugada y el milagro de la comunión sentimental nacería repentinamente. Oía con fervor las noticias por la radio. Nunca pasó por mi mente que el centro delantero del América muriera. Recorté la imagen triunfante de Salvador —el significado de su nombre agrandaba la esperanza— y la coloqué junto a las fotografías de pareja que nos habíamos tomado en alguno de esos viajes perfectamente olvidables. Estábamos, pues, determinados por un tótem que salió de la nada. Es más, yo no le voy al América; mi equipo es el Pumas. Y Cabañas, de acuerdo con los reporteros, discutió con un hombre y recibió a quemarropa un balazo en la cabeza. Recuerdo que dormitaba cuando me enteré de la noticia, y en ese tipo de asociaciones que sólo la lógica de un sueño es capaz de proporcionar, me di cuenta, sin escalas y en una espiral descendente, que la posible muerte de ese hombre era el símbolo trágico de una relación, definida ahora como una constante ruptura por anhelos excedidos.

Era un 25 de enero de 2010. Regresé a Puebla tras una serie engorrosa de transbordos desde Acapulco hasta Puebla. Visité, sin proponérmelo, las terminales de Chilpancingo, Iguala, Cuernavaca, Tasqueña y, por supuesto, la Capu. Cada compañero de viaje me hacía pensar que viajaba partido justo por la mitad, juraba que al verme cada una de las personas con las



Salvador Cabañas durante el partido entre los equipos de Ecuador y Paraguay en el estadio Atahualpa en 2005. (Fotografía de Shaun Botterill / Getty Images)



Salvador Cabañas hace su primera aparición pública tras recibir un disparo en un bar en México el 24 de julio de 2010 en Itauguá, Paraguay. (Fotografías de Luis Vera / Latin Content / Getty Images)

que compartí asiento notaba mi herida. Y por si no fuera suficiente cargar con el duelo, también llevaba los regalos de Reyes Magos que no pude entregarle: tres cuadros en los que imprimí en gran formato escenas destacables de la vitalidad acapulqueña: la Quebrada, la pesca con atarraya y, esencialmente, la batalla que libra un Marlin infructuosamente para mantenerse lejos de los pescadores. Esas imágenes las guardé en una maleta amplia que requirió el ochenta por ciento de mi atención y fuerza en el viaje.

A medio camino rumbo a Puebla pensé en abandonar las fotografías; en regalarlas, pero creí que aún era viable darle una sorpresa que desembocaría en una reconciliación necesaria. Días después de la pelea que derivó en una ruptura casi infantil no había recibido llamada telefónica alguna. De igual manera que a Cabañas, la tragedia comenzó en el baño, aunque esta vez en One Dollar, bar ubicado en el corazón de la costera acapulqueña. Era de noche, la brisa se encargó de evitar que el rostro de ella terminara de hincharse, pero antes del pleito estuvimos bebiendo todo el día en la playa. Comenté mi anhelo de regresar al puerto y hacerme de una casa junto al mar. Ella no mostró interés alguno por la charla; toda la tarde oímos música en su celular. Ese día bebimos cerveza a buen ritmo; de pronto, mientras ella se encaminaba al baño del One Dollar, entendí que no teníamos un futuro en común. Visto a distancia, no puedo evitar una sonrisa cuando recuerdo parte de aquella charla mientras se oía enigmáticamente en su teléfono celular: “No rompas más / mi pobre corazón”.

Ella me preguntó de pronto, con la mirada fija en la cresta de las olas que estallaban en la orilla de la playa, si yo salía con otra persona. Antes de verla directo a sus ojos verdes di un largo trago a mi cerveza.

—No, pero me urge. ¿No te animas?

La noté indiferente. Bebió largamente su Modelo. Cerca de nosotros una docena de chicos jugaba fútbol en la playa. Estábamos prácticamente en la banca de una contienda vital, junto al campo de batalla, pero no alejamos nuestras sillas de esa zona. Quería preguntarle si ella tenía otra relación, pero no abordé el tema porque me aterraba la idea de escuchar algo doloroso. Bebíamos pues con las gaviotas volando en círculo sobre nuestras cabezas. Vi a un chico driblando a sus contrincantes. Pensaba que el futuro de una pareja es un símil de esos movimientos rumbo a la portería: esquivar hábilmente los obstáculos. Me vino a la cabeza mi paso breve por la segunda división del fútbol mexicano. Ese otro fracaso fue revelado de golpe y tuve más conciencia de ello cuando me dijo en voz baja.

—¿No te gusta nadie más?

—¿Debería? —respondí pegando la boca a mi cerveza.

En ese momento el balón tiró mi lata. Vi cómo resbalaba el líquido espumoso sobre la arena y destapé otra Modelo.

—¿Por qué siento que durante todo este mes me has evitado? —reproché apretando el brazo izquierdo de mi asiento.

Se levantó de la silla, tomó el balón y lo aventó a uno de los chicos sudorosos que intentaban sacar venta-

ja del saque de banda. Volvió a su asiento y suspiró antes de frotarse el rostro con la palma de la mano derecha.

—Es que cuando te veo me arrepiento de lo que pienso hacer y no sé, la verdad no sé. ¿Me entiendes? —preguntó bajando la mirada, noté lo grandes y gruesos que eran sus dedos.

En ese momento vi realmente quién era ella, la niña temerosa que tiene pavor de sentirse amada.

Cuando oí las declaraciones de los médicos de Cabañas pensé que mis años de noviazgo con ella habían concluido, que estábamos cansados, que ninguno de los dos tenía la fuerza suficiente para seguir conociéndonos. Imaginé que el cerebro de mi corazón estaba en una situación similar a la del delantero paraguayo. Recreaba las circunvoluciones de la masa encefálica perforada de mi aorta, sentía un vacío en mi pecho. “El proyectil está alojado en la parte trasera del cerebro, no

se va a retirar. Le haríamos más daño al tratar de retirarlo. No tiene que hacerle daño si está ahí, se fundió, hay que esperar, es una lesión al cerebro y es prematuro para saber qué daños ocasionará”, escuchaba como si de verdad hablaran de mí. Jalé aire, algo metálico hacía complicada mi respiración. Recordé que en el baño del One Dollar me dijo algo extraño.

—Lo siento —tiró su copa en el piso y salió del bar. No la seguí. Después supe que pasó por su maleta a casa de mi madre. Salió de mi vida así, como una niña.

Llegué a Puebla con la esperanza de que hubiera algún mensaje en la contestadora. Nada. Se hacía más pesado el silencio, el vacío en el pecho. Estaba en esa casa de la calle 3 Poniente, edificada a finales del siglo XIX, donde los fantasmas evitaban que uno tuviera el descanso necesario; incluso algunas veces brincaban en el colchón. Uno despertaba con el movimiento de



la cama, encendió la lámpara y con sorpresa descubría que era la única persona en la habitación. En una experiencia similar fue que comencé a sacar las fotos de la maleta, las coloqué en el clóset, pero no tuve interés en hacerlas llegar a su destino primigenio. Acomodaba en pila las imágenes cuando escuché en la radio que Cabañas sería trasladado a un hospital argentino. En ese momento supe que la distancia entre ella y yo se había consumado. Estábamos en la misma ciudad, pero sólo había una manera de concretar esa historia y salí de casa. Abordé un taxi.

—Avenida La Paz —dije—. Yo le digo por dónde —agregué.

Uno de sus sirvientes me dijo que la señorita no se encontraba dispuesta a recibir visitas a esa hora. Odié los usos y costumbres poblanos. Al regresar a casa encendí el televisor, vi el traslado de Salvador Cabañas a la clínica Flani de Buenos Aires y respiré profundo. Incluso creo que sollocé un poco, pero tenía la certeza de que pronto estaría mejor, sin tanto miedo y con esa sensación gélida de vacío en el pecho. Los reporteros informaron que Cabañas se mantenía estable, pero su situación era grave. “Fue intervenido de una lesión severa, se resolvió el coágulo que lo aquejaba, logramos parar el sangrado y retirar pedazos de cráneo. Está estable y sedado, aunque la situación sigue siendo grave, es un jugador joven. Necesitamos varios días para saber qué pasará, pero confiamos que los médicos argentinos puedan acelerar la recuperación de este deportista. Aún no podemos hablar de secuelas, ni de pronósticos. Esperamos que la situación siga siendo favorable para Cabañas y hay que pedirle a Dios”, eso fue lo que alcancé a escuchar. Dormí en el sofá.

Años después, cuando nadie hablaba de Cabañas ya, recibí una llamada telefónica. Acepté verla en un bar. Bebimos para relajarnos; le hablé de las fotos que eran para ella, pero también le indiqué que no se las daría

porque ya formaban parte esencial de la decoración en casa de mi madre.

—Es que lo del pleito fue muy, no sé.

—¿Estúpido?

—¡No seas agresivo! Yo quería pedirte un tiempo, pero terminé, no sé, dándome cuenta que yo soy poco para ti. No sé, no sé.

De verdad, su mirada parecía ausente. Daba la impresión de que no tenía alma, como si se hubiera convertido en un androide limítrofe, muy próximo al retraso mental. Incluso babeó su tarro de cerveza oscura.

—Sigo sin entender, mujer, pero no te apures. En serio.

—Es que yo sí te quiero, pero no sé. Me pones de malas, me haces muchas cosas que no me gustan —dio un sorbo a la cerveza y el rumbo de la charla cambió—. ¿No te conté que fui a Argentina? Tuve un problema con la rodilla. Fue una rehabilitación muy costosa y larga.

Me levanté de la mesa, ella no pareció notarlo: siguió hablando. Fui al baño. Al salir, vi en una de las pantallas el rostro de Cabañas. El tipo sonreía, pero parecía otra persona, no había brillo en sus pupilas. A su mirada le habían robado algo, a sus gestos también.

—No quiero seguir hablando de ese pleito, mujer. No tiene caso. No nos lleva a nada. Te fuiste por temor y argumentaste desinterés. ¿Quién te has creído, muchachita?

Ella se levantó de la mesa. La vi alejarse. No me sentía ansioso, ni con rencor. Estaba aliviado. Acaba de entender que no quería nada con ella. Dejé una nota sobre la mesa y un par de billetes. Detallaba mi aprecio por ella y ofrecía una disculpa por haberme ido repentinamente. A menudo pienso en su mirada; no tenía brillo, era como si algo le hubiera devorado las entrañas. ▀